

CAPITULO 7

CELEBRANDO NUESTRAS BENDICIONES

En mi primer año como profesor, jugué tanto baloncesto que algunos de mis estudiantes me apodaron "el profesor del básquetbol." Años atrás, no era difícil mantenerme a la par con mis alumnos. Podía correr la cancha de arriba abajo sin mucho problema. Pero con el pasar del tiempo, cada nuevo grupo de estudiantes era más rápido en la cancha. Por supuesto, no era que ellos fueran mejores; la verdad es que yo estaba envejeciendo, y por consiguiente, era más lento.

Al declinar mis habilidades atléticas, mi expectativa de éxito en la cancha también decayó significativamente. Solía emocionarme grandemente cuando anotaba muchos puntos en el juego. Ahora es para mí grandioso si anoto algunos puntos. Celebro cada canasta como si hubiese ganado el juego sin ayuda alguna.

Muchos de mis compañeros entienden mi entusiasmo, solo que en una ocasión un estudiante se molestó por mi alegría tan excesiva. "¿Cuál es la gran hazaña?" el preguntó. "Solamente anotaste una canasta." "Sí," dije con un poco de vergüenza. "Sólo que cuando tú seas tan viejo como yo, celebrarás también cada canasta que anotes."

En este capítulo daremos atención al significado de celebrar. Hasta ahora hemos explorado el plan de Dios para restaurar su pueblo a la dignidad. Dios le dio a Noé y a sus descendientes la oportunidad de vivir en un mundo estable. El mostró a Abraham y a Su pueblo escogido, cómo alcanzar la meta de la restauración. Por medio de Moisés, Dios preparó a Su pueblo para batallar por la dignidad. Ahora, enfocaremos el reino del Rey David, durante el cual el pueblo de Dios tuvo razones suficientes para celebrar.

Al considerar la narración bíblica de la vida del rey David, muchos asuntos vendrán a primer plano. Enfocaremos en la celebración de David por las bendiciones de Dios en su vida. En los días de David, Dios concedió incontables dones de dignidad tanto al rey como a la nación. El Señor alejó a Su pueblo un paso más allá de la maldición del pecado y les concedió gran honor como pueblo suyo hecho a su imagen. De la reacción de David ante esos innumerables dones de Dios, aprenderemos cómo celebrar las bendiciones de dignidad de Dios en nuestras vidas.

EL REINADO DE DAVID

Los reyes llenan las páginas de los libros de historia: Los nobles de Mesopotamia, los faraones de Egipto, los césares de Roma. Incontables figuras reales se han convertido en personajes de renombre. Sin embargo, desde una perspectiva bíblica, ningún rey ha desempeñado un papel tan importante en la historia del mundo como David, el rey de Israel.

Todo el que esté familiarizado con la Biblia conoce acerca de David. El fue un hijo obediente y un humilde pastor de ovejas. El mostró gran coraje en el campo de batalla, conquistó a sus enemigos y proveyó seguridad a Israel. No obstante, estos logros impresionantes no colocaron a David por sobre el resto de su pueblo.

Entonces, ¿Por qué la Biblia coloca a David en la cúspide de todos los monarcas humanos? ¿Qué lo hace a él único? En pocas palabras, no fue por lo que David hizo, sino por lo que Dios hizo por él.

Así como Dios hizo pactos previamente y en varios puntos a lo largo del camino que conduce a la dignidad, El también estableció una relación muy especial con David por medio de un pacto. Como hemos visto, los pactos hechos con Noé, Abraham y Moisés hicieron énfasis en diferentes aspectos del plan de Dios para redimir a Su pueblo. En el caso de David, Dios hizo otro pacto por el cual exaltaba a su pueblo a nuevos y altos niveles de honor.

Los elementos básicos del pacto que Dios hizo con David aparecen en 2 Samuel 7:8-16 (vea también 1 Cró. 17:7-14). Cuando David expresó su deseo de construir el templo para Dios, el profeta Natán inicialmente dio su aprobación (2 Sam. 7:1-3), pero durante la noche Dios le dijo a Natán que David no debía erigir el templo (vv. 4-16). En lugar de eso, Dios construiría una casa para David: "Asimismo, Jehová te hace saber que él te hará casa" (v. 11).

Como este verso lo indica, la "casa" que Dios construiría para David sería una dinastía de descendientes que se sentarían en su trono después de él. Salomón, el hijo de David, fue quien construyó el templo para el Señor, y Dios afirmaría "para siempre el trono de su reino" (vv. 12-13). Dios también juró solemnemente que la dinastía de David nunca cesaría.

Dios sabía que David y sus descendientes no serían perfectos, así que El anticipadamente tomó medidas para corregir sus fallas: "Yo le seré a él padre, y él me será a mi hijo. Y si él hiciere mal, yo le castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres; pero mi misericordia no se apartará de él como la aparté de Saúl, al cual quité de delante de tí. Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente" (2 Sam. 7:14-16). Así que, cuando se rebelaran los descendientes de David, serían castigados por medio de enemigos humanos quienes ejecutarían los planes de Dios.

Sin embargo, Dios juró que nunca desecharía totalmente a la familia de David. David siempre tendría un heredero que se sentaría en el trono. Absolutamente nada evitaría que esto sucediese; ni siquiera la derrota y el exilio podrían acabar con la dinastía de David.

Israel recibió muchas bendiciones por la promesa que Dios le hiciera a David. El establecimiento de una dinastía permanente permitió que la población se multiplicara y el dominio de la nación creciera. David y sus descendientes aseguraron la tierra donde los Israelitas pudieron multiplicarse. El dominio territorial aumentó con el prosperar de la nación. Con cada una de estas bendiciones, Israel experimentó logros importantes en el proceso de restauración.

¿Cómo reaccionó David ante la gracia de Dios derramada sobre su vida? ¿Cómo respondió a esos avances en la restauración de la dignidad? Una y otra vez, el corazón de David fue lleno de gozo exuberante. El celebró su dignidad como imagen de Dios. Un ejemplo del gozo que invadió a David lo encontramos en el Salmo 8. Al leer este salmo, descubriremos que la celebración de David se debió a que él comprendió tres cosas: La obra de Dios, la insignificancia del hombre y lo valioso de nuestras bendiciones.

RECONOCIENDO LA OBRA DE DIOS

"¿Cómo estás tú?" le pregunté a una amiga de mucho tiempo. "¿Cómo está tu hija?" La última vez que nos habíamos visto, ellas estaban pasando por un período muy

difícil. La relación entre ellas había sido llevada a los límites a causa de la rebeldía juvenil de su hija.

"Tu no lo creerás," dijo la madre con una gran sonrisa. "Cuando Debbie se fue a la universidad, mi coeficiente intelectual se disparó como un cohete; inmediatamente llegué a ser una madre maravillosa. ¡No sé cómo pasó, pero cambié completamente en unas cuantas semanas!"

Por supuesto, ella estaba siendo jocosa, mi amiga no había cambiado en nada. Como pasa muy a menudo, el vivir lejos de casa había llevado a la hija a experimentar la dura realidad; repentinamente, ella dejó de tomar a su mamá por sentado. Así que cuando comenzó a comprender todo lo que su mamá había hecho por ella a través de los años, el aprecio por su madre creció a pasos agigantados.

Los cristianos pasamos por experiencias similares con Dios. Fácilmente pasamos por alto lo mucho que Dios ha hecho por nosotros. Cumplimos con nuestras rutinas diarias con muestras de poco aprecio por El, pero de vez en cuando nos pasan cosas que nos hacen ver de nuevo la realidad. Reconocemos nuevamente que Dios ha estado obrando en nuestras vidas, y nuestros corazones se llenan de gratitud.

En el salmo 8, David comienza su celebración con una conciencia renovada de Dios. El se dirige a su Creador y le dice, "¡Oh Jehová, Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra!" (Sal. 8:1). Si pudiéramos este texto en lenguaje moderno, leeríamos algo semejante a esto: "Señor, eres grandioso; has puesto tu nombre bien alto e iluminado para que todos lo puedan ver!" Por lo que a David concierne, Dios hizo algo que puso Su nombre a titilar en la marquesina celestial.

¿Por qué David estaba tan emocionado? ¿Qué era lo que había hecho Dios? No lo podemos saber con precisión, pero se nos insinúan un par de cosas en el verso dos de este salmo: "De la boca de los niños y de los que maman, fundaste la fortaleza, a causa de tus enemigos, para hacer callar al enemigo y al vengativo." Los términos "enemigo," y "vengativo" sugieren que David pudo haber estado celebrando una victoria militar. Quizás David volvía de la batalla cuando esta canción fue entonada por primera vez. La escena pudo haber sido un desfile de victoria donde "los niños y los que maman" sumaron sus voces a los gritos de júbilo de sus padres.

Cualquiera que hayan sido las circunstancias específicas del salmo, David estaba experimentando un importante logro en su vida, él comenzó la celebración al anunciar valientemente que su victoria había sido un acto de Dios. El no miró la victoria como un logro humano; no redujo este acontecimiento a un simple asunto terrenal. El atribuyó su triunfo enteramente a Dios.

Al reflexionar en las palabras de David, es evidente que su actitud contrasta grandemente con la manera en que nosotros usualmente pensamos de nuestras vidas. ¿Qué hubiésemos dicho usted y yo si estuviéramos en la situación de David? Muchos de nosotros tenemos que admitir que nuestra primera respuesta habría sido felicitarnos a nosotros mismos y decir: "Muchacho, que afortunado soy!" Quizás iríamos a casa y diríamos, "Hoy hice un buen trabajo, ¿no es cierto?" A diferencia de David, frecuentemente los creyentes hoy en día vacilan en reconocer que todos los eventos son actos de Dios. Nuestra tendencia es explicar todas las cosas como producto de causas naturales.

¿Por qué es tan natural para nosotros reaccionar de esta forma? No es que Dios esté inactivo; más bien, el problema es que nosotros hemos desarrollado malos hábitos. Vivimos en una época cuando las personas que nos rodean explican la realidad, tanto como pueden, en términos ordinarios y de causas naturales. La gente moderna rechaza lo mitológico y lo supersticioso. El mundo le da el crédito a Dios, sólo si no existe otra explicación disponible. ¿Qué consideramos como "actos de Dios"? Tornados, terremotos, inundaciones y otros desastres naturales mencionados con letras minúsculas en las pólizas de seguro.

Estas perspectivas seculares no han permanecido fuera de la iglesia, sino que también han infestado al pueblo de Dios. Nosotros no rechazamos audazmente la doctrina de un Dios vivo y activo, pero raramente la tomamos en serio. Empujamos a Dios fuera del lugar de prominencia a uno de insignificancia. ¿Cuántas veces hemos sonreído sarcásticamente cuando alguien nos dice que, "Dios hizo esto" o "El Señor hizo aquello"? Sólo creyentes fanáticos y anticuados hablarían de esta forma. Los creyentes modernos y sofisticados tienen una más razonable explicación.

Cuando usted da una explicación de un evento ¿Qué le viene a la mente? ¿Por qué crece la semilla que los granjeros siembran? A menos de que estemos hablando con niños pequeños, nosotros usualmente no reconocemos la obra de Dios. Más bien, hablamos de las muchas cosas que los granjeros hacen para asegurar una buena cosecha. ¿Por qué tenemos éxito en la escuela? No fue porque Dios nos enseñó, sino porque estudiamos. ¿Por qué algunas personas disfrutan de buena salud? No es porque Dios les ha dado a ellos ese precioso don, más bien es porque ellos tienen una buena nutrición y cuidan sus cuerpos con esmero.

No es malo reconocer los medios que Dios utiliza para causar cualquier evento, porque usualmente El obra por medio de causas secundarias. Sin embargo, no debemos sucumbir a nuestra percepción superficial del mundo. Los creyentes nunca deben sentirse satisfechos solamente con la observación superficial de los eventos. Nosotros también debemos reconocer que la mano de Dios está detrás de todas nuestras experiencias.

La Biblia nos enseña que Dios controla todas las cosas en nuestras vidas. Nada ocurre sin el previo consentimiento de Su sabia y santa providencia. Tal como lo leemos en Isaías, "Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí . . . que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad. Yo Jehová soy el que hago todo esto" (Is. 45:5-7). Pablo describe a Dios como aquel "que hace todas las cosas según el designio de su voluntad" (Ef. 1:11). Los Cristianos generalmente afirman que todas las áreas de su vida están bajo el control de la providencia de Dios. En teoría este concepto es aceptado, pero a usted y a mí nos queda un largo camino cuando tratamos de aplicar esta creencia en nuestras vidas.

Mientras escribía de este capítulo, tuve un serio accidente automovilístico. Perdí el control del auto de un amigo y choqué contra un poste telefónico, lo que produjo que el auto se volteara y rodara sobre un costado. El auto quedó destrozado pero yo salí con solo unos rasguños. Dos hombres que estaban cerca de la escena del accidente salieron apresuradamente de sus casas para ayudarme a salir del auto. Al ver que yo no estaba herido, uno de ellos exclamó con asombro, "Amigo, tú tienes alguien que cuida de tí! No es posible que alguien haya sobrevivido a este accidente!".

Pensé dentro de mi mismo: "Alguien cuida por mí. Sí, ese es Dios!" Muchas veces le he agradecido a El por su protección en aquel angustioso día. Sin embargo, tengo que admitir que la lección que aprendí esa mañana no duró por mucho tiempo. Después de eso, por algunos días maneje mi carro con una clara percepción de la protección de Dios. Pero luego comencé a actuar como siempre lo había hecho, casi sin tener a Dios presente en mis pensamientos. Cada vez que me siento al volante del auto, yo sé la verdad teológica de que Dios tiene el control total todo el tiempo, pero es mi costumbre el manejar sin pensar en ello. De esta manera nos comportamos la mayoría de nosotros. Manejamos nuestros autos, vamos al trabajo, comemos, dormimos, y jugamos pero raramente reconocemos que Dios está obrando en nuestras vidas.

Es de esperarse que de vez en cuando nuestra percepción del actuar de Dios en nuestras vidas varíe en intensidad. Aun el mismo rey David no tuvo esa sobrecogedora percepción de la mano de Dios todo el tiempo. Pero existe un serio peligro si constantemente dejamos de reconocer las bendiciones de Dios. Al no reflexionar en Su bondad, nos privamos del gozo que produce el conocer lo mucho que Dios nos cuida. El privarnos de tal conocimiento nos impedirá celebrar como lo hizo el rey David.

Conozco a un hombre que siempre conversa acerca de su madre y de su abuela, pero nunca lo hace acerca de su padre. Un día me armé de valor y le pregunté por él. Su respuesta fue, "Sí, yo tengo padre, pero él no fue un verdadero padre para mí, nunca hizo nada por mí. No hablo de él porque para mí es como si estuviera muerto"

Cuán triste es para un hijo el pensar acerca de su padre de esta manera. Pero nosotros compartimos la misma actitud hacia nuestro Padre celestial. Cuando no reconocemos la obra diaria de Dios en nuestras vidas es como si dijéramos que El está muerto. ¿Quién necesita un Dios como este? ¿Cómo podemos celebrar y regocijarnos delante de un Dios inútil?

¿Cuándo fue la última vez que usted se sintió maravillado por algo que Dios haya hecho en su vida? Por supuesto, nosotros empezamos nuestras oraciones diciendo, "Dios, gracias te damos por este día y por todas las bendiciones que Tú nos has concedido." ¿Cuándo fue la última vez que de todo corazón usted se regocijó por lo que Dios hizo en su vida?

Hace algunos años, conocí a un hombre que sufría de una enfermedad degenerativa que lo dejó paralítico e imposibilitado para hablar. Su única manera de comunicarse era por medio de un simulador de voz computarizado el cual construía oraciones simples al toque de algunas teclas. Una tarde nos sentamos a conversar y me dejó sorprendido lo mucho que él me hablaba de las bendiciones de Dios en su vida. El tenía muchas razones para hacer lo contrario; sin embargo, él alababa a Dios por los dones que le hacían experimentar la dignidad. Si una persona en estas condiciones puede ver la mano de Dios, con toda seguridad usted y yo podemos alabarlo mucho más.

Piense acerca de los hechos ocurridos en su vida el día de ayer. ¿Qué hizo usted en la mañana y en la tarde? ¿Qué pasó en la noche? Ahora medite de nuevo en ellos y reflexione como la mano amable y cariñosa de Dios se encuentra en cada uno de ellos. Reconózcalos por lo que realmente son, la obra de un Dios de amor. ¿Cómo Dios fue bondadoso con usted? ¿Cómo le mostró Su misericordia? Imite al rey David y díglele a Dios de qué manera El mismo puso Su Nombre en alto en su vida.

De los primeros versos del Salmo 8 aprendemos un principio básico para celebrar nuestra dignidad como seres humanos creados a la imagen de Dios: El regocijo comienza con la convicción de que Dios está vivo y obrando en nuestras vidas. Nuestras vidas se llenarán de entusiasmo y celebración solamente cuando veamos a Dios obrando.

RECONOCIENDO NUESTRA INSIGNIFICANCIA

Una vez escuché la historia acerca de un cajero bancario de un pequeño pueblo de la Costa Oeste de los Estados Unidos. Su trabajo le permitía estar en contacto con distintos tipos de personas, pero una tarde, justo en frente de él, estaba su estrella de cine favorita. Le miró fijamente a su rostro, tragó profundamente y penosamente balbuceó, "¿En que-que pue-pue-do servirle?"

La bella joven le dijo que ella había perdido su cartera y sus tarjetas de crédito. Como es de suponer, el dejó todo a un lado y corrió a atenderla. Antes de irse, la estrella se detuvo y estrechó la mano del cajero y le dijo. "Estoy muy agradecida, yo no se que hubiera hecho sin su ayuda." El cajero, observando su mano con incredulidad dijo a sus compañeros, "No puedo creer que ella me haya estrechado la mano, nunca más me la lavaré."

¿Por qué se emocionó tanto este hombre? El estrechaba las manos de mucha gente todos los días ¿Por qué prometió no lavarse nunca más la mano? Todos conocemos la razón. No podía recuperarse del hecho de que una estrella famosa hubiera tocado la mano de una persona tan insignificante como él.

La celebración de David en el salmo 8 refleja una perspectiva similar. Como ya hemos visto, David sabía que él había recibido una bendición de parte de Dios. Pero ¿por qué él estaba tan entusiasmado? Muchas cosas buenas le habían sucedido a él cada día de su vida. Su emoción no provenía de la particularidad del evento. El estaba celebrando porque entendió que Dios había actuado por él, una humilde e insignificante partícula de polvo. Note como él lo describe: "Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites?" (Sal. 8:3-4).

David comprendió algo de él mismo al observar la magnificencia de la luna y las estrellas: " Si ellas son la obra de los dedos de Dios, ¿ Quién soy yo para que Dios se interese por mí ?" Los cuerpos celestes eran tan espectaculares y David tan insignificante. Sin embargo, Dios había puesto su atención personal sobre él .

La perspectiva de David contrasta con la forma con la que nosotros pensamos acerca de nosotros mismos. Nosotros normalmente no andamos contemplando nuestra insignificancia; más bien, actuamos como si fuéramos el centro del universo.

Ahora le pregunto a usted algo que frecuentemente le pregunto a mis oyentes: ¿Fué la semana pasada una semana buena o mala? Cuando hago esta pregunta a grupos grandes, usualmente recibo respuestas variadas. Algunos dicen que fue una semana maravillosa; otros que fue una semana muy terrible. Pero déjeme hacerle otra pregunta, ¿Por qué responde así? ¿Qué criterios utilizó para evaluar su semana? Bien sea que lo entendamos o no, respondemos con un solo pensamiento en mente: la semana pasada fue buena si fue buena *para mí* y fue mala si fue mala *para mí*.

Ahora retrocedamos y veamos la semana pasada desde otro ángulo. Pudo haber sido buena para usted, pero no fue buena para algunos padres que pasaron noche

tras noche al lado del lecho de muerte de algún hijo o hija. El joven que sufre de leucemia no tuvo una buena semana y tampoco lo fue para algunos de nuestros hermanos o hermanas en Cristo que están padeciendo persecución. Sin embargo, cuando evaluamos la semana pasada, ignoramos lo que ha pasado con otros y simplemente consideramos lo que ha pasado en nuestras vidas. Nosotros vivimos como si el mundo entero girara a nuestro alrededor.

Aunque seamos tan egocéntricos, de vez en cuando podemos captar un reflejo de nuestra insignificancia. David miró a la luna y las estrellas y exclamó, "¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria . . .?" (Sal. 8:3). Por ejemplo, vemos nuestra insignificancia cuando nos paramos a la orilla del Gran Cañón en Colorado, "¡Mira, que grande es!", expresan los turistas. También nos esforzamos grandemente para poder ver la cúspide de los rascacielos en Manhattan. Entendemos lo que somos cuando miramos por la ventanilla de un avión y vemos lo diminuto que se ve la gente desde arriba.

A mi esposa le gusta recorrer cementerios antiguos en búsqueda de lápidas con epitafios interesantes acerca de los que allí yacen. Una tarde paseando por un cementerio que está en el centro de la ciudad de Boston, admirábamos los cráneos alados que están grabados en muchas de las lápidas más antiguas de Nueva Inglaterra. Al mirarlas fijamente, un pensamiento sombrío me vino y le dije a mi esposa: "Todas estas personas pensaron que eran importantes así como nosotros pensamos; todos ellos actuaron como si el mundo girara alrededor de ellos así como también nosotros pensamos. Pero míralos, donde están ahora." Estas personas pensaron que eran el centro del universo pero hoy sus cuerpos están desechos. Después de todo, ellos no eran tan importantes como tampoco somos nosotros.

¿Sabía usted que la mayoría de las personas no conocen los nombres de sus bisabuelos? Probablemente sus bisnietos tampoco lo sabrán. Cuan rápido todos los recuerdos acerca de usted se disiparan del mundo. El universo no gira alrededor de usted y de mí; difícilmente el universo sabe de nuestra existencia. Esto demuestra nuestra insignificancia.

¡Pero espere un momento! Yo pensaba que nosotros estábamos hablando acerca de celebrar nuestra dignidad y no de lamentar nuestra insignificancia. Puede sonar extraño, pero David sabía algo que nosotros frecuentemente olvidamos. Para celebrar nuestro honor de ser creados a la imagen de Dios, debemos entender primero cuán insignificantes somos. Hasta que no aceptemos que no somos el centro del mundo, no estaremos en la capacidad de apreciar cuán alto nos han colocado las bendiciones de Dios.

Hace algunos años, un creyente de otro país me reprochó crudamente, "Ustedes, los Norteamericanos, se quejan de que tienen que comer hamburguesas en vez de un buen pedazo de carne." "Ustedes se lamentan cuando no pueden comprar un carro nuevo. Ustedes se sienten defraudados cuando no pueden vivir en una casa más grande. ¡Ustedes piensan tanto en ustedes que no pueden ver lo mucho que Dios los ha bendecido! ¡Ustedes son unos niños malcriados!"

Esa tarde, aprendí algo acerca de mí mismo que es duro de admitir: Yo soy un niño malcriado. Puede ser que mi cultura me haya encaminado en esta dirección, o quizás, es mi propio egocentrismo. Cualquiera sea la razón, encuentro que es difícil regocijarme con entusiasmo por las bendiciones que he recibido, porque pienso que merezco algo

mejor. Al igual que un niño malcriado, bostezo de aburrimiento cuando veo lo que Dios ha hecho por mí.

Luego de visitar muchas iglesias, he llegado a convencerme que yo no soy el único hijo de Dios que es desagradecido. Muchos de nosotros tendemos a actuar al igual que niños que no tienen un sentido de apreciación. Por eso, no debe sorprendernos que nuestra adoración sea insípida; no debe sorprendernos que cantemos himnos de alabanza como si ellos fueran cantos fúnebres; no debe sorprendernos que nuestras oraciones de agradecimiento sean hechas con una solemne monotonía. Si nuestras vidas están llenas de vanagloria vacía, las bendiciones de Dios siempre nos parecerán algo trivial.

Para llegar a ser personas que celebran su nobleza por ser hechos a la imagen de Dios, debemos reconocer primero nuestra insignificancia. Debemos exclamar, "¿Quién soy yo para que te acuerdes de mí?"

Considere todas las cosas que ha recibido y que normalmente toma como algo normal: la salud, los niños fieles, la iglesia, la Biblia, la salvación en Cristo. Estas bendiciones no dependen de nosotros, sino que están lejos de nuestras posibilidades. Solo cuando reconozcamos cuan indignos somos, entonces seremos capaces de celebrar los regalos que Dios nos ha dado con inmensurable entusiasmo y alegría.

RECONOCIENDO EL VALOR DE NUESTRAS BENDICIONES

Bob entró en su oficina y se dirigió a su escritorio, frustrado y diciendo entre dientes: "Soy un verdadero tonto . . . Soy un verdadero tonto."

"¿Qué pasa, Bob?" le preguntó su secretaria.

"Ayer vendí el viejo anillo de mi mamá por mil dólares," contestó.

"Pensé que tu querías venderlo," ella le respondió.

"Sí, pero cuando estaba almorzando, el comprador se me acercó y me dijo que había llevado el anillo para valorar y fue estimado en cinco mil dólares! Podría darme de puntapiés!"

A veces nos sorprendemos al ver cuanto difiere una valorización profesional de la nuestra propia sobre cualquier cosa de valor. Algo puede tener muy poco valor a nuestros propios ojos, aunque en realidad tenga un gran valor. Pero también podemos pensar que un objeto es valioso y después hallar que es una pieza sin valor. Para estar seguros y conocer qué valor puede tener un objeto, necesitamos una valorización correcta y profesional.

Para celebrar las bendiciones que hemos recibido, debemos conocer su valor. Debemos reconocer cuan valiosas son. ¿Qué valor tienen los dones de Dios? ¿Cuánto deberíamos atesorarlos?

Hemos visto que David celebró porque él sabía que Dios estaba obrando en su vida, aún cuando él no merecía Su atención. Ahora pasemos a enfocar el tercer hecho por el cual el corazón de David estuvo gozoso. Se regocijó porque se dio cuenta que los dones de Dios eran valiosas coronas de dignidad.

La perspectiva de David sobre las bendiciones de Dios aparece en la tercera porción del Salmo 8: "Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies: Ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo, Las aves de los cielos y los peces del mar; todo cuanto pasa por los senderos del mar" (vv. 5-8).

Estas palabras nos recuerdan otras dos porciones del Antiguo Testamento. Ellas traen a la memoria los capítulos de Génesis, cuando Dios primero puso a Adán y a Eva por encima de toda la creación (Gn. 1:28), y cuando El reafirmó su plan de dar dominio a la humanidad después del Diluvio (Gn. 9:1-7). En ambos pasajes, Dios estableció que sus imágenes, los seres humanos, fueran viceregentes de la creación. ¿Por qué David se refiere a estos pasajes al tiempo de celebrar su propia vida?

Las alusiones de David al libro de Génesis revelan su estima por las bendiciones de Dios. El comparó su propia experiencia como rey de Israel con el honor conferido a Adán en el principio, y a Noé después del diluvio. David sabía que las cosas buenas que el había recibido en su vida eran demostraciones de su restauración a la dignidad. Declaró que Dios estaba levantándolo del lodo de la futilidad y restableciéndolo como viceregente sobre la creación.

No es de maravillarse por qué el corazón de David estaba inundado de gozo. ¿Qué podría ser más deleitable que ver a Dios rescatándole de la maldición de su naturaleza caída? ¿Qué podría ser más glorioso que comprender que él había sido llevado un paso más cerca al diseño original para la imagen de Dios?

Siguiendo el ejemplo de David, debemos reconocer que las bendiciones de Dios no son eventos aislados. Más bien, ellas son parte de un plan mucho más completo para Sus imágenes redimidas. Cada vez que recibimos dones de Dios, estos nos llevan más cerca de la dignidad y el honor para los cuales El originalmente nos diseñó.

Como cristianos, tenemos aún mucho más que celebrar de lo que lo tenía David. El escritor de Hebreos nos dice que la exaltación de la humanidad mencionada en el Salmo 8, fue cumplida en la resurrección de Cristo: "Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos." (He. 2:9).

Cuando Jesús fue levantado de la tumba, tomó la posición de gloria y honor que le pertenece a la imagen de Dios. Usted y yo estamos por la fe, unidos con Cristo en su resurrección (Rom. 6:5-10; Ef. 2:6; Fil. 3:10-11) y un día reinaremos con El. Sin embargo, en el diario existir, las bendiciones de Dios nos conceden un gozo anticipado de las coronas que recibiremos cuando Cristo vuelva por segunda vez.

La iglesia a la cual asistí cuando niño, observaba una tradición especial que honraba a nuestras mujeres. Cuando las jóvenes memorizaban cierto número de versículos y participaban en algún ministerio eran reconocidas por la iglesia. Las muchachas vestían sus más finos y mejores vestidos y en procesión pasaban en frente de toda la congregación. Durante el servicio se colocaba sobre sus cabezas coronas resplandecientes como reconocimiento por su trabajo.

A los cinco años de edad, serví como uno de los portadores de estas coronas. Caminé por el pasillo y me detuve al lado de la joven para que ellos le pusieran la reluciente corona sobre la cabeza. Les puedo asegurar que la muchacha no bostezó de fastidio. Cuando la tiara brillante descansó sobre su larga cabellera roja, ella estaba completamente radiante. El orgullo y la alegría brillaron en su cara. Para ella, esa corona no tenía precio.

La emoción de ese momento contrasta remarcadamente con algo que pasó hace unos pocos meses. Estaba comiendo en un restaurante de comida rápida, cuando una

familia se sentó cerca de mí y llevaban puestas unas coronas de papel regaladas por el gerente del restaurante. Pasaron unos minutos, cuando uno de los hijos le quitó la corona al papá y la rompió en varios pedazos. La madre comenzó a regañar al niño, cuando el padre la interrumpió y le dijo: "No te preocupes por eso, querida." "Es sólo una corona de papel." Al padre no le importaba su corona; no le dio ningún valor. Era sólo de papel.

Cada vez que Dios nos bendice, El coloca coronas sobre nuestras cabezas. Pero, ¿Cómo tratamos esas coronas? ¿Las apartamos rápidamente hacia un lado como papel barato, o las apreciamos como coronas de gran valor?

Demasiados cristianos tratan sus bendiciones como coronas de papel. Ellos caminan como desdichados y con desánimo, apenas con suficientes fuerzas. Nada bueno parece acontecerles; no hay alegría que llene sus corazones. Si esta es su condición día tras día, entonces preste atención a las palabras de David. Cada regalo que Dios le concede es una corona que le eleva a mayores alturas de honor como imágenes de El. Dios ha derramado su Espíritu sobre usted, como pago inicial o adelanto, de su herencia futura. Esa corona es de gran valor en sí misma, pero Dios no se ha detenido ahí. El ha derramado bendición sobre bendición: años de buena salud, seguridad financiera, un hogar cristiano, iglesias que predicán el evangelio, oportunidades para servir a Dios y al prójimo. Todos estas, más otros incontables dones, son coronas de honor de gran valor reservadas para usted, la imagen gloriosa de Dios.

Mire su vida desde otra perspectiva, ¿Puede ver sus coronas? Mire a la derecha y a la izquierda, por detrás y por delante de usted. Las coronas están por todos lados. Cuando vemos la valioso de las bendiciones de Dios, pronto comprendemos que lluvias de honor y honra caen sobre nosotros todo el tiempo. ¿Cómo podemos dejar de celebrar cuando cada día es nuestro día de coronación?

CONCLUSION

Dios elevó a su imagen caída a mayores alturas de dignidad durante el reinado de David. Por medio del Salmo 8, vemos que David reconoció lo que Dios estaba haciendo y por eso celebró con entusiasmo. Nosotros debemos reconocer cuánto obra Dios en nuestras vidas, qué desmerecedores somos de sus dones, y cuán valiosas son las bendiciones de Dios. Entonces, nosotros también celebraremos las bendiciones que recibimos como imágenes de Dios.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Por qué la Biblia exalta a David como el rey más grande de la historia humana? ¿Qué hizo Dios por su pueblo por medio de David?
2. Explique cómo David reconoció las obras de Dios en el Salmo 8. ¿Cómo las palabras de David habrían sido diferentes, si el fuera una persona moderna y secular?
3. ¿Qué hizo que David se sintiera tan insignificante en el Salmo 8? ¿Cómo su humilde introspección le guió a tener ese sentido de celebración?
4. ¿Cuánto valoró David las bendiciones de Dios en el Salmo 8? ¿Cómo relacionó sus bendiciones personales con el honor dado a Adán y a Noé?

EJERCICIOS DE DISCUSION

1. ¿Por qué este capítulo es titulado "Celebrando Nuestras Bendiciones"?

2. Escriba diez cosas que usted haya hecho esta semana. Descríbalas en términos seculares o no religiosos. Ahora, descríbalas en términos espirituales. ¿Cuál de las descripciones parece ser más natural para usted? ¿Qué efecto tiene cada lista en usted?
3. Nombre tres figuras históricas que pensaron que eran importantes. ¿Qué sucedió y cómo esto demuestra cuán ínfimos e insignificantes fueron ellos? ¿Qué lecciones debe usted aprender acerca de su propia insignificancia?
4. Mire alrededor del cuarto. ¿Cuántas bendiciones divinas usted ve? ¿De qué manera las tratamos usualmente como coronas de papel? Discuta cómo estas bendiciones realmente son coronas de oro.